

VIGESIMO PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

CUARTA INSTRUCCION

Castigo del mal servidor.

I. Eternidad del castigo del pecador. — II. Necesidad y justicia de que ese castigo sea eterno.

Cuál es el sentimiento que tendréis, cristianos, al ver al amo del cual se ha hablado en nuestra parábola, que entrega su malvado servidor á los ejecutores de la justicia, y que le condena á permanecer entre sus manos hasta que haya pagado todo lo que le debía? Será, no es verdad, un sentimiento de satisfacción y de alivio; porque estabais indignados de la ingrata y cruel conducta de este malvado servidor, y al verle castigado como merece, habéis aplaudido á la justa severidad de este castigo. Pues bien, sabédo, cristianos, vuestro aplauso será recordado un día por Dios contra vosotros mismos, si tenéis la desgracia de encontraros en estado de pecado mortal, cuando, á la muerte, seréis llamados á comparecer delante de él. Porque el servidor de que se trata en esta parábola no es otra cosa, segun el sentir del gran doctor santo Tomás de Aquino, que la figura del pecador cuando aparece delante de Dios, y el castigo que se le aplica, la imagen del que el pecador será herido¹. Grande é importante asunto el del castigo reservado al pecador!. Puesto que la imagen nos es presentada en este día, hagámos de ello el asunto de la presente plática. Y aunque no tengámos aquí más que una sencilla imagen de este castigo, si la consideramos con atención, descubriremos sin trabajo estas dos verdades: primera, la eternidad del castigo

1. Per servam istum intelligitur peccator quilibet, cui irascitur Deus in iudicio, et tradet eum aternis tormentis (S. Thom. *serm. in Ev. dom. 21. post Pentec.*).

del pecador; en segundo lugar, la necesidad y la justicia de que este castigo sea eterno¹.

I. *Eternidad del castigo del pecador.* — La eternidad del castigo del pecador nos está representada por el castigo que el amo de nuestra parábola inflige á su ingrato y cruel servidor. Cómo esto? Este servidor debía á su amo diez mil talentos, suma que equivale áproximadamente cien millones de nuestra moneda; y hubiese quedado libre, nunca habría podido restituir una t n enorme suma; pero mucho menos lo podia, estando condenado á prisión. Condenandole á permanecer preso hasta que hubiese todo pagado, el amo le condenaba, en realidad, á una prisión que debia durar t nto como su vida. Y estar condenado á permanecer preso toda su vida, no es estarlo para siempre, si se trata de esta vida? Y una prisión que debe durar siempre no es una prisión eterna? No se dice, en este sentido, de algunas condenas humanas que deben sér perpetuas? Y h  ahí cómo, cristianos, el castigo impuesto á este mal servidor es una imagen muy espresiva de la eternidad del castigo reservado al pecador.

Pero t n espresiva cómo sea esta imagen, no es siempre más que una imagen; es decir, una cosa que se asemeja en cierta manera á la realidad, pero que no es del todo la realidad. Qué diferencia no hay, en efecto, entre la imagen   el retrato de una persona y la personas misma! Aunque este retrato fuera completamente del mismo tamaño y del mismo color que la persona que representa, siempre le faltaria la vida; y por este solo lado, ser  infinitamente más diferente de su modelo, que no se le asemejaria por todos los demás. Asi el castigo del mal servidor, y del castigo

1. *Iratus dominus tradidit eum tortoribus quoadusque redderet universum debitum. Stygii carceris aternitas describitur variis de causis miserima. 1  Omni exitu et spe liberationis caret. 2  Totius aternitatis pondus simul incumbit damnatis. 3  Perpetuam tormentorum continuationem habet sine interruptione. 4  Vitam reddit t dio et fastidio plenissimam. 5  Locus est desertissimus. 6  Spectaculum est beatis (FABER, *Op. conc. dom. 21. post Pentec. conc. 7.*).*

del pecador. El castigo del mal servidor dura toda la vida, es cierto; pero la vida es muy corta y acaba muy pronto. Por el contrario, el castigo del pecador dura toda la eternidad, y la eternidad dura siempre y no acaba nunca.

O eternidad! ó siempre! ó jamás!. Aunque se diga de esta manera, dice San Agustín, se dice siempre menos que ella es: *Quidquid dicis, minus dicis*. Ensayémos, sin embargo, el hacernos de ello alguna idea, considerando que la eternidad es una *jamás* que comienza siempre, y un *siempre* que no acaba nunca.

La eternidad es un *nunca* que comienza *siempre*. « Oh! qué nunca! Sobrepuja en extensión á todas las medidas, á todas las duraciones. El círculo de la tierra es muy basto, la orbita de los cielos es inmensa, la altura de los planetas, la grandor de las estrellas, la inmensidad del firmamento desconciertan nuestro espíritu; y sin embargo, los matematicos y los astrónomos miden todas estas cosas. Los abismos de la mar son muy profundos, y sin embargo, los navegantes pueden sonlar la profundidad. Representádos una línea tan larga como queráis, siempre tiene un termino, y puede siempre sér medida. Considerá ahora la éternidad. Todas las medidas se borran, ninguna sirve para medida. Quitá algunas porciones de una cantidad creáda, se convierte en menor; añadid algunas partidas, y se hace mayor. Pero quitá á la eternidad cien mil años, no por eso es más corta; añadid cien mil siglos, no es más larga; porque ella es inmovil, incommensurable, incapaz de más y de menos; no tiene termino, ni limites, ni medida, porque su *jamás* es un jamás que comienza siempre. O *jamás* infinitamente vasto, infinitamente alto, infinitamente profundo, en comparacion del cual todas las medidas de los cielos las más amplias, de los mundos más vastos, de los mares más profundos no es nada! » Si comparáis, dice San Agustín, la duracion determinada de los siglos con la eternidad que no tiene termino; no solamente son poca cosa, sino que no son ellos absolutamente nada. Mucho más, vuelve á decir San Bernardo: « No solamente la eternidad sobrepuja toda medida, sino que escede á toda duracion; porque ella abraza todos los tiempos pasados, presentes y futuros.

Ella no se mide por la marcha del sol, de la luna y de las estrellas, sino por la vida éterna del mismo Dios; de suerte que mientras Dios será Dios los santos serán bienaventurados en el cielo y los condenados; desgraciados en el infierno. Es por esto que el Espíritu Santo compira la eternidad del infierno á un estanque de fuego y azufre: *Missus est in stagnum ignis et sulphuris*. ¿ Porqué dice un estanque? ¿ Es que la colera de Dios no es comparada á un torrente? Es verdad cuando fulmina la sentencia del pecador; pero cuando este torrente del furor divino há llegado al infierno, se detiene, se convierte en inmovil cómo el agua de un estanque, y no se renueva jamás. Ay! que horrible desgracia la de permanecer así en un estanque de fuego, dias, semanas, meses, años y siglos, millones y millares de siglos, sin que este fuego se ápague nunca. Meditá, hermanos míos, esta palabra *jamás*, y procurá profundizar el senti lo. Considerá atentamente ese cerbero con tres fauces, este dragon con tres cabezas, que siempre come y nunca digiere, esta espada con tres puntas, que siempre hiere de muerte y nunca mata. Ay! un pobre condenado arde en este estanque de llamas, arderá siempre, sin probar jamás alivio alguno. Mil y mil veces el sol aparecerá y desaparecerá del horizonte; mil y mil veces la luna crecerá y menguará en el firmamento; mil y mil veces la tierra se cubrirá y despojará de verdor; los cielos se oscurecerán y se iluminarán de nuevo; las estaciones pasarán y volverán: mil y mil veces la tierra realizará su revolucion y se llenará de generaciones nuevas; los vivos sobrevivirán á los muertos; y despues de todo esto el mundo acabará; pero el condenado! arde todavía y arderá siempre en este estanque de llamas, sin jamás probar alivio alguno, porque la eternidad no tiene fin, ni limites! » y que es un *jamás* que comienza siempre?.

1. El B. Leonardo de Port-Mauricio, *serm. para el jueves despues del 3º dom. de Cuares.*

2. Cambiá de discurso, nos dice el Areópagita, de otro modo no llegaréis nunca á comprender lo que es la eternidad. Se conoce mejor diciendo lo que no es que afirmando lo que es. Lo propio sucede con la eternidad, se la comprende mejor buscando lo que no es que diciendo lo que es.

La eternidad es al mismo tiempo una *siempre* que no acaba nunca, y este *siempre* encierra en sí, como en compendio, todos los

Veámos, pues, lo que no es. La eternidad, dice Lactancio, es lo que no tiene fin. Ella no es, dice San Gregorio de Nazianzo, ni el tiempo, ni ninguna parte del tiempo. Podeis ya haceros alguna idea de la eternidad. Diréis que ella se compone de tantos años como de estrellas en el firmamento, de átomos en el aire, de gotas de agua en el mar, de granos de arena en la costa, de hojas en los bosques, de flores en los campos, de letras en todos los libros que han sido escritos desde el principio del mundo? Ah! qué decis? Cuando habrán pasado tantos años como hay letras, flores, hojas, granos de arena, gotas de agua, átomos y estrellas, la eternidad estará entera, no habrá comenzado todavía, porque la eternidad no acabará nunca. Representádos con la imaginación, en medio de esta iglesia, una gran campana de bronce macizo; suponéd enseguida que un pajarcito pasa por encima una vez cada cien años, tocando la ligeramente con su ala: cuando habrá pasado tantas y tantas veces, que el roce de su ala habrá acabado por destruirla enteramente esta masa enorme, la eternidad habrá entonces acabado? Como acabado? Ella no há comenzado, porque la eternidad no acabará nunca. Suponéd, dice San Buenaventura, que despues de cada millon de siglos, un condenado deja desprender una lagrima: cuando habrá vertido bastantes para formar un mar grande como el diluvio universal, y para cubrir las más elevadas montañas, ¿ la eternidad habrá terminado? No, porque ella no acabará jamás. Y sin embargo, calculad cuantos millones de siglos serian necesarios para llenar de lagrimas un vasito; cuántos, por consiguiente, para llenar toda la tierra, o *jamás!* quién puede comprehenderte? Pesad, hermanos míos, pesad esta gran verdad. ¿ No es cierto que todo acaba? Hémos visto el fin de todos los papas, que, hasta aqui, se han sucedido en la silla de San Pedro: pero la eternidad no acabará, ni acabará nunca. El mundo há visto el fin, no solamente de los reyes, sino de los mismos reinos, los Griegos, los Godos, los Vandalos, las republicas de Esparta, de Atenas y de Roma; pero la eternidad no acaba y no acabará nunca. Las miserias de Job, la ceguedad de Tobias, las persecuciones de David, la prision de Joseph, las aflicciones de la Iglesia, todas estas cosas han tenido un fin. Cuántas guerras, pestes, carestias, temblores de tierra, calamidades, revoluciones y conmociones el mundo no há visto acabar? pero la eternidad no acaba, ni acabará nunca. Oh eternidad! *oh siempre!*

tormentos de los pobres condenados. Para convenceros, » considerad que si nos fuérais preciso guardar durante toda esta vida, tan

oh! jamás! Oh laberinto que no tiene salida! oh tormento que siempre se renueva *oh jamás!* que comienza siempre! Pobres condenados, entregádos á la desesperación, porque nunca acabará vuestros suplicios; jamás para vosotros un amigo que os consuele, un pariente que os compadezca, un angel que os fortifique, un santo que os proteja, un Dios que os perdone! Oh terrible desesperación! Pecadores, cómo este pensamiento no commueve vuestro corazón, y no os hace meditar! Qué idea podeis tener de todo lo que es temporal, cuando lo comparais á esta eternidad aterradora! Si teneis la desgracia de perderos, cuando habeis ardidó en el infierno cien millones de años, cuando todos vuestros parientes, vuestros hijos, vuestros nietos y vuestros viznietos habrán muerto; despues de infinitas generaciones, cuando vuestra familia se habrá estinguido, vuestros palacios destruido, el mundo entero reducido á cenizas, que os parecerá entonces todo lo pasado? Una gran ciudad vista de lejos, parece una aldea. ¿ y más se aleja más se borra, tan bien al fin desaparece completamente. ¿ Qué son para vosotros ahora las acciones de vuestra infancia y de vuestra adolescencia? ¿ no es verdad que os parecen sueños? Qué os parecerá, pues, despues de millones de años una hora de placer un frívolo pundonor, por el cuál habeis ya sufrido millones de tormentos: y sin embargo, no haréis más que comenzar. ¿ Quién os ciega hasta este punto? ¿ Como, por un instante de placer, écharse en una eternidad de suplicios? ¿ Qué locura es la vuestra? Por un momento de libertad, condenarse á una prision eterna? Por un momento de conversacion culpable, condenarse á vivir eternamente en la compañía de los demonios. ¿ Ah! vosotros no comprendéis este *jamás* que principia siempre y esta terrible eternidad. — Para acabar de comprenderlo, aguzad vuestro espíritu, dice San Isidoro, y representados que Dios envia á las puertas del infierno un angel á decir á estos desgraciados: Dios há, por último, resuelto emplear misericordia con vosotros, romper las cadenas de los siglos eternos, y apagar los fuegos de estos hornos. Pero previamente se llenará de arena muy fina la iglesia la más capaz del mundo, y todos los mil años, se quitará un grano; cuando la iglesia estará vacía, terminarán vuestros tormentos. Oh hermanos míos, si esta voz resonase en el infierno, no sería ya el infierno; no habría ya en este lugar ni blasfemias, ni desesperación, ni rabia; sería alegría, fiestas, y en

corta sin embargo, la más ligera pena, no sería insuportable. Si nos fuera preciso, por ejemplo, sufrir siempre la mordedura de un mosquito en la punta de la oreja, ó el movimiento de un moscardón en la nariz, ó la aparición de un grano de arena en el ojo, y esto noche y día, qué tormento no sería este para nosotros! Qué debe

diciones y canticos; y el amor de estos desgraciados no cedería en nada al de los serafines. Si esta promesa les fuera hecha, los condenados se entregarían á todos los trasportes de la alegría; esperando que todos los granos fuesen quitados. Si, porque al fin llegaría un día en que la iglesia y el infierno estuvieran vacíos. Pero ay! estos hermosos nombres de libertad, de paz, de tregua, de reconciliación, de gracia, no sonarán en los oídos de los condenados porque la eternidad no acabará jamás. Oh eternidad! eternidad! no, yo no puedo comprender ni lo que tu eres, ni lo que no eres. Qué los profetas se creen una lengua para darte un nombre, qué ellos llamen años eternos, siglos de los siglos, eternidades perpetuas, qué es para explicar tu infinita duración? La sabiduría increada sola, habiendo de un condenado, te há espesado al vivo en dos palabras; *El lo arrojará en el fuego, y arde...* No dice que el pecador que cae en el infierno arderá, cómo parecía deber decirlo; sino que arde. Arde en presente; y en este tiempo, siempre presente, espresa en compendio la eternidad de los suplicios del infierno. Hé aquí lo que es la eternidad; es un *jamás* que dura siempre, un *jamás* que siempre es presente. Si me preguntáis lo que hace un condenado en el momento en que entra en el infierno: arde. Y despues de diez años? arde. Y despues de cien años? Arde. Y despues de un millon de años? Arde. No prolonguéis las preguntas: porque si continuáis durante toda la eternidad en preguntarme, yo os responderé: arde, arde, arde, y arderá mientras que Dios sea Dios, porque la eternidad no cabará nunca. Pecadores, fijad una vez en vuestra memoria esta pensamiento importante: y para sacar fruto, ddecidos á vosotros mismos, pero seriamente: Si continuo viviendo de esta manera, me preparo infaliblemente suplicios y desesperacion eterna. — Siempre arderé siempre lanzaré ahullidos de rabia, siempre seré un objeto de odio para Dios y de irrisión para los elegidos. *Oh jamás* que siempre principia y nunca acaba! Espíritu Santo, grabadle bien en el fondo del corazon, y que este *jamás* sea para todos como un clavo que nos adhiera á los pies de Jesus crucificado. (El B. Leonardo de Port-Maurice, loc. cit.)

sér para los condenados, que sufren todos los suplicios los más crueles, no durante el tiempo tan corto de esta vida, sino durante la eternidad entera? Ah! si este pensamiento pudiera entrar en el espíritu de este pecador!. Mucho más, estos placeres mismos que buscáis con tanto ardor, si durarán toda la vida sin parar, os serían un suplicio intolerable. Me explicaré: es un placer comer, beber, dormir, hablar, pasearse: pero si fuera preciso pasearse siempre, hablar siempre, comer siempre, beber siempre, estas cosas que entretienen ó alegran nuestra vida, llegarían á sér para nosotros verdaderos tormentos. « Andá siempre, dice San Agustín, sin descansar, tu morirás; duerme siempre sin despertarte, tu morirás. » Si, pues, los placeres mismos son por su duración penas y fatigas; si en el teatro, en donde todo cautiva la atención, cuanto la pieza es más larga que de costumbre, ó que os desagrada, esperáis con impaciencia el momento de salir, hasta el punto algunas veces sudar y sufrir, ¿ qué debe sér en el infierno, en dónde sientése desfallecer, no en medio de los placeres, sino de las penas, no durante el tiempo tan breve de una vida mortal, sino durante toda la eternidad, sin tener el consuelo de variar sus tormentos! Teméis el nombre soño de la muerte, el cuál, sin embargo, no es otra cosa más que la sombra de la muerte. La verdadera muerte es esa que sufren los pobres condenados, porque es una muerte viva, que nunca morirá, y que consiste en un *siempre* que no acaba jamás.

« Quisiera poder hacer hoy lo que la gloriosa y santa Liduina, la cual con este *siempre* que no acaba nunca, levó á arrepentimiento á un gran pecador que se burlaba de las maximas eternas. Si podéis, le dijo ella, permanecer inmóvil durante una sola noche en una cama de plumas muy blanda, cubierta de flores, y perfumada con los aromas más deliciosas, sin nunca cambiar de postura, no solamente no os inquietaré ya en vuestras posiciones criminales, sino que os recompensaré. El joven aceptó la proposición riendo. Pero al cabo de tres ó cuatro horas, principió á sentir tal fatiga que le parecia que le habian puesto en tormento. No obstante, se hizo violencia una hora más; pero despues de este tiempo, la inmovilidad á

la que se habia condenado le fué un suplicio tal, que creía morir. Entonces reflexionó. Oh! desgraciado como soy, se dijo; si viviendo como lo hago voy al infierno, qué será esto?. Cómo podré permanecer acoslado en esta cama de fuego, no durante el corto espacio de tiempo de una noche, sino durante toda la eternidad? Cómo podré sufrir esta masa de suplicios que forman cómo un círculo eterno el cual tiene por centro un *jamás* que principia siempre y nunca acaba? Este pensamiento le conmovió el corazon, se confesó y se convirtió. Pecadores, hacéd un ensayo. Desde esta tarde, ensayád en una silla comoda el estar una noche sin moveros. No tendréis el valor de hacerlo. Qué hacéis, pues? En que pensáis? Escuchád lo que os dice el Espirita Santo: *Si el arbol cae al norte ó al mediodia, el permanecerá*. Despues de mil años, despues de cien mil años, despues de cien millones de años, estará todavia. Si caéis en este abismo de llamas, no habrá yá esperanza para vosotros de salir jamás, permaneceréis clavados en laminas ardientes, sin probar nunca alivio alguno. La escena de este mundo cambiará, y vosotros permaneceréis siempre en el fuego: *Ibi eris*. Ay! Si se pudiera interrumpir un instante solamente las penas del infierno! El labrador doblado sobre su arado en los campos, el preso átado á su cadena, interrumpe de tiempo en tiempo su trabajo. Las fiebres las más agudas tienen su alivio, y á los animales no se les rebués algunos momentos de reposo. Pero en el infierno no hay pausa, ni alivio, ni descanso, ni cambio; siempre la noche y jamás el dia; siempre el fuego y nunca el alivio; siempre la sél ardiente y jamás una gota de agua; siempre una devoradora hambre, y sin tener con que apacignarla; siempre la desesperacion y nunca la paz; un siempre que no acabará nunca os tendrá clavados en un lecho de fuego, pecadores, cómo un perro á la cadena. Qué hacéis, hermanos míos, en este momento, y en qué pensáis? Desgraciados! perseguis los bienes ó los placeres de la tierra, y no podéis ápacignar el hambre que os los hace buscar; porque están mezclados con espinas, con fastidios y con sín numero de disgustos, que os hacen probar, desde aquí bajo, un infierno anticipado. Qué es esto, en comparacion de lo que os espera despues de una vida semejante? Lo que os espera,

es una eternidad de suplicios¹. » Y sabeis ahora, por lo menos un poco, de lo que es semejante eternidad. No os espongáis á sufrirla; porque la sufriréis infaliblemente, si os presentais delante de Díos, á la muerte, en estado de pecado.

Pero quizás hay algunos entre vosotros que no comprenden porque Díos castiga con este implacable rigor el pecado que, sin embargo, no dura más que un instante. Voy á explicarlo en la segunda parte de nuestra platica, que, por otra parte, abreviaré lo más que pueda.

II. — *Justicia y necesidad de que el castigo impuesto al pecador sea eterno*. — 1º Es justo que el castigo impuesto al pecador sea eterno, porque no hay más que este castigo que sea proporcionado al pecado. « Para cualquiera que reflexiona con atención un poco seria, la cosa se manifiesta, por decirlo así, por sí misma de tal modo que es con trabajo si se podría concebir que pudiese sér de otra manera. Y está aqui todavia uno de estos casos tán numerosos en que la verdad revelada siendo una vez conocida, la razon se armoniza maravillosamente con ella, y en dónde lejos de encontrar una repugnancia en admitirla, ella encontraría, por el contrario, una profunda en adoptar el error opuesto. En efecto, cómo por una parte la malicia del pecado encierra algo de infinito á causa de la infinita dignidad de la persona ofendida, que es Díos: *Peccatum contra Deum commissum quandam habet infinitatem ex infinitate divine majestatis*, dice Santo Tomas; y que, por otra, una pena infinita en su intensidad no puede sér impuesta á una criatura, siguiése necesariamente que, para que la proporcion de igualdad reclamada por la justicia sea mantenida, esta pena debe sér infinita, ó mejor dicho infinita en su duracion, porque es esa la sola especie de infinidad que pueda convenir á un ser creado. Esta suerte de proporcion es de tal suerte natural, que la justicia humana no emplea otra. Asi un hurto, un atentado, un homicidio, son delitos de un instante sin embargo, son castigados con largos años de prision, por reclusion perpetua, y tambien por la muerte, castigo en cierto modo

eténo, puesto que el culpable es arrebatado para siempre de la sociedad de los vivos; lo que muestra claramente que, para imponer una pena más ó menos larga, no es á la brevedad del tiempo en que el crimen há sido cometido á lo que se atiende, sino á su enormidad intrínseca ¹.

Lo que prueba todavía la justicia de un castigo éterno impuesto al pecador, es la causa de este castigo. Cuál es esta causa? Es la perversion de la voluntad del pecador; esta perversion durando siempre, el castigo que le es impuesto no puede tener fin. El condenado está tan obstinado en su pecado, dice San Alfonso de Ligorio, que si Dios le ofreciera el perdón, él lo rehúsaria, tan grande es el odio que guarda contra Dios ². » Porque sucede con los condenados lo que con los elegidos. La vida era para todos un tiempo de prueba, y durante este tiempo todos podían ir ya al bien, ya al mal. Pero la muerte há puesto el sello á esta prueba; y del mismo á modo que los que han amado el bien han sido confirmados para siempre en el bien, no pudiendo ya querer el mal; de igual manera, los que han amado el mal han sido abandonados al mal, no pudiendo ya querer el bien. Y el pecador en el infierno queriendo siempre el mal, es justo, pues, que su castigo dure siempre ³.

1. P. d'Hauterive, *Gran Catecismo de Perseverancia*, 1, p. 2, sect. lectur, 34, n. 48.

2. *Serm.* 21, dom. despues de Pentecostes.

3. Quibus citius respondemus, quod recte dicerent si justus Judex districtusque veniens non corda hominum, sed facta pensaret; iniqui enim ideo tunc sine deliquerunt, quia cum sine vixerunt, voluissent quippe sine sine vivere, ut sine sine potuissent in iniquitatibus permanere, nam magis appetunt peccare quam vivere, et ideo hic semper vivere cupiunt, ut nunquam desinant peccare cum vivunt. Ad districti ergo judicis justitiam pertinet, ut nunquam careant supplicio, quorum mens in hac vita nunquam voluit carere peccato (S. GRAC. MAX. *Moral. lib.* 3, c. 16). — Ob hoc inflexibilis et obstinata mentis malum punitur æternaliter, licet temporaliter perpetratum, quia quod breve fuit tempore, vel opere, longum esse constat in pertinaci voluntate; ita ut si nunquam moreretur, nunquam velle peccare desineret; imo semper

La justicia no exige, por otra parte, que Dios mantenga el compromiso que há tomado con respecto á los justos? Qué compromiso? el de recompensarles éternamente, si le servían ellos con fidelidad en la tierra. Pero si la justicia exige que Dios sea fiel á su palabra respecto de los justos, ella no exige menos que sea fiel á su palabra con los reprobos. Y ¿qué há dicho á los malvados? Les há dicho

vivere vellet, ut semper peccare posset (S. BERN. *epist.* 232). — Los reprobos no borran nunca los pecados que han cometido, no renuncian á la iniquidad á la cual se han entregado durante su vida. Ellos están por otra parte privados de la gracia que podría convertirlos; hé aquí lo que hay de más horrible y de más inconcebible. Los reprobos están tan bien privados de la gracia de Dios, que no hay ninguno que implore la misericordia divina, diciendo: « Dios mio, tened piedad de mí. » Ninguno tendrá bastante gracia para esto, y es lo que les hace semejantes á los demonios, á quienes el rigor de los tormentos no arrancará nunca estas breves palabras: « Hémos pecado, perdonádnos. » No estamos autorizados para decir que no hay en el infierno más que demonios, quiero decir, obstinados, desesperados, éenemigos de Dios, tales como son los reprobos. — De ahí viene que un malvado, durante su vida, y que un reprobos en los tormentos, se parecen perfectamente, por razon de la imposibilidad en que están ambos para libertarse de la muerte por sus propias fuerzas. No hay más que el socorro de Dios que pueda obrar este prodigio. Dios no lo rehúsa nunca á un pecador durante su vida, hubiese caído mil veces en el crimen; pero al acordarlo nos dice: Considerad que yo quiero tambien ahora olvidar vuestras faltas, pero no os lo prometo para siempre. Mientras que nuestro cuerpo y vuestra alma estarán unidos, las puertas de la misericordia estarán abiertas, entrad; pero al instante que los dos serán separados, serán ellas cerradas para vosotros. Qué de más justo? Si durante la vida un pecador hubiera pedido perdón, lo hubiera obtenido. Al salir de la vida, nada de perdón, nada de gracia, nada de socorro. — Tales eran las condiciones. Mil veces se há advertido que no era necesario rechazar la gracia ofrecida, que era preciso volverse del lado de la misericordia, mientras era todavía tiempo. Nada se há hecho: la gracia há sido inutil, la misericordia há sido despreciada, se há contenido en ser desgraciado, se há querido perecer. Luego los que perecen, lo han querido. Han rehúsado ser amigos de Dios, ellos lo serán siempre, asi como lo quisieron (Drexelius, *El Infierno*, c. 15).

que si no le servian en este mundo, serian éternamente castigados en el otro. Dios no puede, pues, volverse atrás en sus afirmaciones, y es preciso, por consiguiente, que los malvados sean éternamente castigados ¹.

2. Era necesario que Dios preparase á los malvados un castigo eterno. Era el medio de hacer respetar sus leyes. Si, á pesar de la eternidad de este castigo, tantos pecadores violan todavía las leyes divinas, no es évidente que ellas lo hubiesen sido mucho más, si los infractores no tuvieran que temer más que un castigo temporal? Un infierno en donde encontrarán termino los males, dejaría de sér el infierno, y la sola sancion legitima de las leyes divinas habría desaparecido. Este infierno no sería más que un purgatorio, impotente para contener las pasiones insurrectas del hombre; no inspiraría yá este terror saludable que desvia tantas almas del abismo del mal, y las hace triunfar de sus tentaciones ².

Conclusion. — Tal es, pues, cristianos, el castigo reservado al pecador, y que nos está representado por el castigo impuesto por

1. Las malas acciones son directamente opuestas á las buenas. Estas merecen sér éternamente recompensadas, preciso es, pues, que las malas merezcan el sér éternamente castigadas; porque cómo dicen los filosofos, la razon de los contrarios es la misma; es de la perfeccion de la felicidad el durar siempre, necesario que sea de la naturaleza y de la perfeccion de los tormentos, el no acabar nunca (Drexelius, loc. cit.).

2. Los incredulos os recuerdan todos los suplicios imaginarios y toda la duracion que placirá darles, una sola cosa les conmueve, es la eternidad de estos suplicios; y por ahí tambien afirman la necesidad de estos suplicios; porque esta transaccion que ellos os proponen, estarian dispuestos á suscribirla, á cada instante, con sus pasiones, á franquear, para satisfacerlas, el abismo que fuése preciso, con tal que no fuere eterno, que la religion abriera bajo sus pasos; de suerte que lo que indigna al hombre es precisamente lo que le detiene, y que el freno que blanquea de espuma, le impide estraviarse. El hombre comprendiéndose eterno, le es necesario esperanzas y temores que estén á su altura, á su nivel; todo lo que está por debajo desaparece á su vista (Nicolas, *Estudios filosoficos sobre el cristianismo*, lib. 2, c. 1).

su amo al mal servidor de nuestra parabola. Este castigo es eterno, es decir, que durará siempre y no acabará jamás, asi cómo lo quiere la justicia y la necesidad. Qué concluir de ahí, cristianos, sino que es preciso á todo precio evitarle, y que seriamos inescusables de incurrir. ¿Pensáis que el servidor de la parabola, malo cómo era, no se hubiera contenido á la vista de su deudor, si hubiera sabido lo que su dureza debia atraérle? Pero nosotros sabemos lo que nuestra infidelidad nos atraerá, si faltamos á Dios, es decir, si no le servimos con todo nuestro corazon. Ah! por favor, evitemos el mal, hagamos el bien. Es el temor de la eternidad desgraciada que ha hecho triunfar los martires de sus verdugos, es ella quién ha llenado antiguamente los desiertos de solitarios, es ella quién ha fundado los monasterios, es ella quién los llena hoy de religiosos, en una palabra, quién há hecho todos los santos. Tengámos nosotros mismos este temor saludahle, y nos preservará, cómo á ellos, de caer. Asi sea.